

PRODUCCION

escenario gráfico de información local

En torno a una idea

Gregorio Marañón, con verdadero ojo «clínico», con su peculiar acierto en ver las cosas, escribió no hace mucho, en A B C, un sabroso y magnífico artículo dedicado a la educación. Muchos comentarios —todos encomiásticos— he leído y oído acerca de él. Y en verdad que el asunto los merece.

Pone de relieve el eminente doctor cómo lo más necesario para que el hombre sea mejor, más bueno, no es la instrucción, el conocimiento perfecto de tal o cual materia, de las que, dice, es preciso saber dudar, sino la educación. Hay que enseñar a la juventud algo más que una serie de principios, susceptibles a cambios y alteraciones por las investigaciones y descubrimientos que cada día se hacen; para que el joven llegue a ser un verdadero hombre, que valga más por sí que por lo que pueda saber, es necesario educarle; no con preestablecidas reglas de conducta, que solo cubren la apariencia, sino con íntima convicción del deber y la justicia, con una formación espiritual honda y firme.

¿Sucedería hoy en el mundo lo que sucede si el hombre estuviera, en su formación interior, a nivel con la científica? ¿Estaría todo tan

revuelto si no existiera ese desequilibrio intelectual? Nos parece que no. El mundo adolece de una horrible atrofia mental, que le impide ver con claridad y precisión la verdad. Admite descabelladas doctrinas con tal de que corroboren, o al menos no combatan, cierta predisposición que tiene contra todo lo que signifique echar una ojeada hacia su interior, hacia el hombre en sí, no como número de una colectividad; y esto es solo por causa de una deficiente formación.

La balanza está inclinada hacia el lado de un materialismo disfrazado de civilización, de progreso; y este progreso es peligroso por cuanto que pone en manos del hombre refinados medios de destrucción, armas de doble filo que pueden herir al mismo que las maneja, si en contrapeso de ellas no posee una clara visión, un sentido recto, humano y divino a la vez, capaz de comprender y tolerar; una exquisita y completa educación del espíritu, que le eleve por encima de todo egoísmo y toda pasión, para juzgar y ver con tino certero; porque el mejor medio de llegar a conocer a los demás es conociéndose uno mismo.

Miguel Molina

Lucena 11 de Marzo de 1953